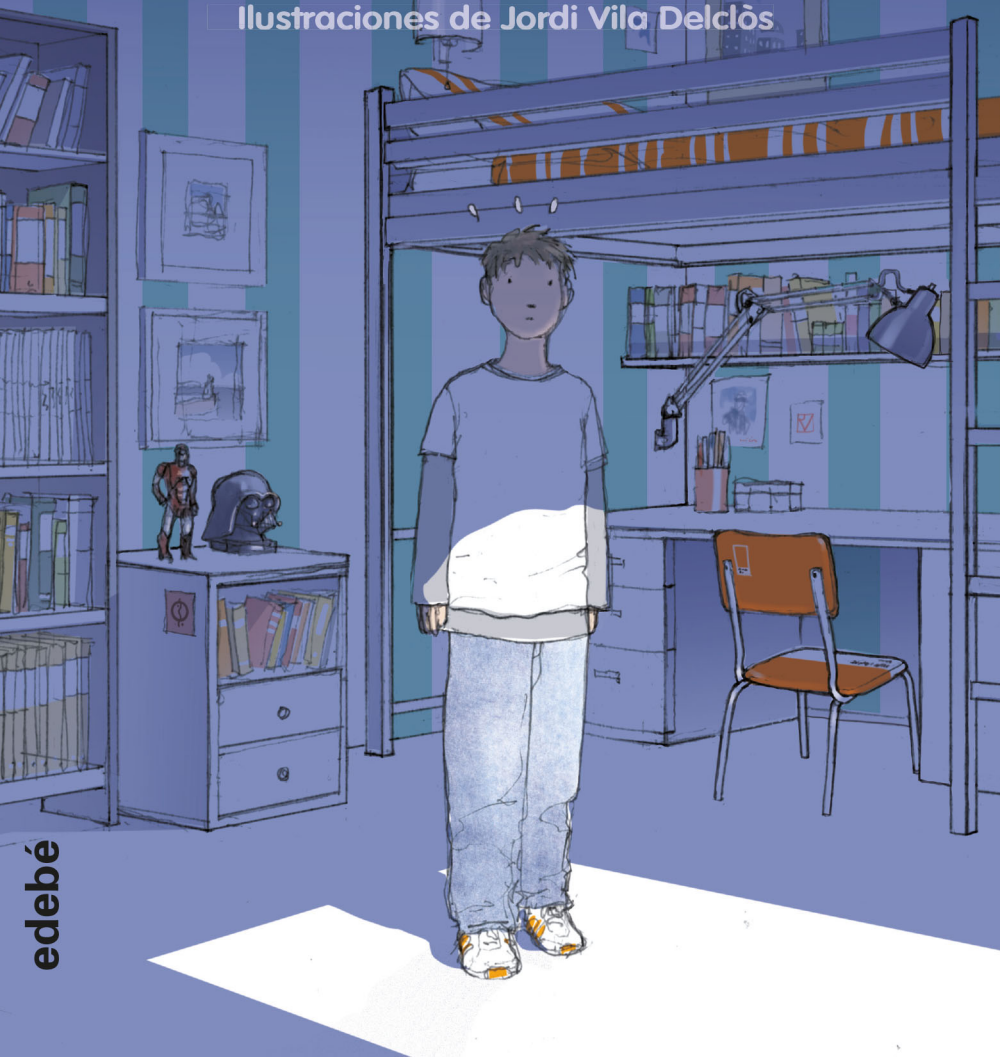


La habitación mágica

ANA ALONSO

Ilustraciones de Jordi Vila Delclòs





La habitación mágica

ANA ALONSO

La habitación mágica

Ilustraciones: Jordi Vila Delclòs

edebé

© del texto: Ana Alonso, 2020

© de las ilustraciones: Jordi Vila Delclòs, 2020

© Ed. Cast.: Edebé, 2020

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición, septiembre 2020

ISBN: 978-84-683-4745-5

Depósito legal: B. 6084-2020

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Capítulo uno	7
Capítulo dos.....	25
Capítulo tres	39
Capítulo cuatro.....	53
Capítulo cinco.....	71
Capítulo seis	85
Capítulo siete.....	97
Capítulo ocho	109
Capítulo nueve	121
Capítulo diez.....	137

Capítulo uno

Mateo observaba agobiado el montón de cajas de cartón apiladas en el pasillo. Las había contado: eran dieciséis. En esas dieciséis cajas estaban todas sus pertenencias: su ropa, sus libros, la consola con todos sus videojuegos, la colección de figuras de superhéroes..., hasta los juguetes de cuando era pequeño y los cuadernos del curso anterior. Su madre lo había empaquetado todo con mucho cuidado antes de entregárselo a los hombres de la empresa de mudanzas. Y él había ayudado con los videojuegos y los libros.

—En casa de tu padre no vas a tener una habitación tan amplia como aquí —le había explicado—. Pero es una solución temporal. Pronto os trasladaréis a un piso más grande. Debes tener paciencia con Víctor..., quiero decir, con papá. Ya sabes lo ocupado que está siempre.

—Eres tú la que no tiene paciencia con él —le espetó Mateo irritado—. ¡Os habéis separado!

Su madre le miró a los ojos sin sonreír. Mateo se arrepintió de lo que acababa de decir.

—No puedes echarme la culpa de eso, hijo —replicó ella por fin—. Ni a tu padre tampoco. Son cosas que pasan. La vida de los adultos es muy complicada. Nosotros lo intentamos, pero no salió bien.

—Ya. Pero lo que no entiendo es por qué me tengo que ir a vivir con él —protestó Mateo, rojo de enfado—. Esta es mi casa. Siempre he vivido aquí.

—Ya. Pero esta casa la vamos a vender. Y lo de vivir conmigo... Quizá más adelante. Ya te he contado lo de Estados Unidos. Trabajar en ese laboratorio es una oportunidad única. No puedo decir que no. Víctor está de acuerdo.

—Pero es mucho tiempo. ¡Un año!

—Vendré a verte en Navidad. Y en verano. Se pasará enseguida, ya lo verás. Y a papá y a ti os vendrá bien pasar este tiempo juntos. Hasta ahora siempre has estado conmigo... Así os conoceréis más.

Conocer a su padre... ¡como si le hiciera falta! Mateo ya sabía todo lo que nece-

sitaba saber sobre él: que era un hombre muy ocupado, que su trabajo era importantísimo, que siempre estaba pegado a su móvil gritando cosas misteriosas como «compra» y «vende», y que, cuando le hablabas, casi nunca se enteraba de lo que le habías dicho porque estaba pensando en otra cosa.

Mateo intentó despegar delicadamente un trozo de tira adhesiva de la caja que tenía más a mano. Si era la de la videoconsola..., la conectaría y al menos no se aburriría tanto. En el piso de su padre no había nada que hacer. La tele ni siquiera tenía conexión por cable, y la red wifi no funcionaba todavía. Además, los muebles parecían antiguos, como sacados de un museo... Era una casa horrible. No se

acostumbraría nunca a vivir en ella. ¡No quería acostumbrarse!

Desde el cuarto de baño le llegaba el ruido monótono de la ducha. Víctor estaba tardando mucho en salir. Y mientras tanto, su móvil, que se encontraba encima de la mesa de la cocina, no paraba de sonar. Seguro que lo estaban llamando por algo del trabajo. ¡Y eso que era sábado! Con él, nunca había tiempo libre. Le había prometido llevarlo a desayunar chocolate con churros en cuanto saliese de la ducha, pero Mateo ya sabía por experiencia lo que iba a pasar. Vería las llamadas perdidas en el móvil, empezaría a devolverlas... y se liaría a hablar toda la mañana. No habría paseo ni desayuno. Estaba totalmente convencido.

Mateo volvió a concentrarse en la caja. Después de un buen rato de rascar con las uñas, consiguió despegar la cinta adhesiva y abrirla por arriba. Metió la mano esperanzado... y se hundió en algo blando y esponjoso. ¡Qué desilusión! Era ropa.

La sacó, enfadado con la caja, con su padre y con la vida en general. Casi todo lo que había allí dentro era ropa deportiva.

Bueno..., como no tenía nada mejor que hacer, decidió llevarla a su armario. De todas formas, tenía que empezar a organizarse antes o después.

Era un armario viejísimo, de madera oscura, con patas en forma de garras de león y cerraduras doradas. La puerta de la izquierda era más grande; la de la derecha ocupaba solo la mitad superior del



mueble, y en la parte de abajo había cuatro cajones.

Mateo tiró de la puerta grande. Nada, no se abría. Estaba cerrada con llave.

Lo intentó con la puerta pequeña. Esta sí se abrió, pero dentro estaba todo lleno de mantas y sábanas. ¡No había sitio para guardar nada!

Y mientras tanto, el móvil de su padre no paraba de sonar.

—Mateo, ¿me están llamando? —preguntó Víctor desde el baño—. Acércame el móvil, anda.

Mateo resopló de fastidio. Arrastrando los pies, fue a buscar el teléfono a la cocina. Por un momento se había quedado en silencio, pero enseguida volvió a escucharse el tono de llamada. Lo agarró con

tanta rabia que estuvo a punto de tirarlo al suelo sin querer.

Con el móvil en la mano, se dirigió hacia el cuarto de baño. Pero al pasar por delante de su habitación, sin saber por qué, decidió entrar. El teléfono había parado otra vez.

No pensó en lo que hacía. Simplemente lo hizo.

Fue directo al armario, abrió el cajón de arriba y se quedó mirándolo un instante. Estaba vacío.

Soltó dentro el móvil como si este fuera un bicho que amenazase con morderle. Y cerró el cajón.

Después, abandonó rápidamente la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Mientras tanto, su padre había salido

del cuarto de baño con una toalla enrollada alrededor del cuerpo.

—¿Qué pasa? ¿No lo encuentras? —preguntó.

—No —mintió Mateo—. Ya no lo oigo.

—Lo dejé en la cocina, estoy casi seguro.

Víctor atravesó muy decidido el pasillo en dirección a la cocina. Mateo lo siguió. Desde la puerta, observó lo que hacía. Se había detenido en seco frente a la mesa, y la miraba con expresión desconcertada.

—Estaba aquí —murmuró—. Yo puedo perder otras cosas, pero el móvil no. Siempre sé dónde lo dejo.

Miro a su hijo con aire acusador.

—Mateo...

—Yo no lo he cogido —dijo el niño, poniéndose colorado.

Mentía fatal. Siempre lo pillaban. Y, por la cara de su padre, se dio cuenta de que aquello no iba en broma.

—Dámelo inmediatamente. Ya —exigió Víctor sin alzar la voz, pero en un tono tan cortante que no parecía el suyo.

Mateo tragó saliva. No sabía qué hacer. Se había quedado paralizado.

Justo en ese momento, sonó el timbre.

—Vete a abrir —ordenó Víctor—. Debe de ser Violeta, nuestra vecina, la dueña de la casa. Quedó en venir a traerme unas sábanas.

—¿Más? ¡Pero si en mi armario hay un montón!

El timbre volvió a sonar.

—Abre —repitió Víctor en un tono que no admitía réplica—. Y sé amable con ella. Entretenla mientras yo me visto.

Sin esperar a ver si cumplía o no su orden, Víctor cruzó el pasillo para meterse en su dormitorio. Hirviendo de furia por dentro, Mateo se dirigió al recibidor. ¿Por qué tenía que abrirle él la puerta a una desconocida? En casa de su madre nunca le dejaban abrir la puerta. Ella pensaba que era peligroso.

El timbre sonó por tercera vez. Desde luego, aquella mujer era una impaciente... y un poquitín maleducada.

Abrió con brusquedad y se encontró frente a una anciana con el pelo largo y rizado, completamente blanco, y unos vivarachos ojos azules. Llevaba una falda de volantes multicolores, larga hasta los

pies. Venía cargada con una pila de sábanas blancas. Al ver a Mateo, sonrió.

—Hombre, Mateo, mira por dónde por fin te conozco —dijo con una voz agradable y cantarina, que no sonaba como la de una anciana—. Tu padre me ha hablado mucho de ti. ¿No se encuentra en casa?

—Está cambiándose en su habitación. Viene ahora —respondió Mateo en el tono más educado posible—. Mientras tanto..., ¿quiere tomar algo?

Preguntó aquello sin reflexionar, porque era lo que su madre preguntaba siempre a las visitas. Normalmente, la gente contestaba con un «no, gracias». Pero Violeta asintió vigorosamente con la cabeza.

—Pues sí —dijo—. ¿Tienes galletas con Nocilla?

Mateo la miró asombrado. ¿Qué clase de anciana era aquella?

—No sé —dijo—. Acabo de llegar a esta casa. Pero no creo que mi padre tenga Nocilla.

—Vamos a echar un vistazo, por si acaso —propuso Violeta.

Y con mucha decisión se fue a la cocina y se puso a registrar los armarios.

—Aquí no hay Nocilla, pero hay una lata de atún —dijo—. Con galletas, está delicioso. ¿Nos hacemos un bocadillo?

—¿Cómo? ¿Un bocadillo de galletas, con atún? —preguntó Mateo, extrañado.

—Claro. Es una combinación exquisita. ¿No la has probado nunca?

Antes de que pudiera contestar, Víctor apareció en el umbral de la puerta. Se ha-

bía puesto unos vaqueros y una camiseta de un grupo de *rock*. Sonrió a Violeta, pero se le notaba tenso.

—Mil gracias por venir —saludó—. ¿Te puedo ofrecer algo de beber?

—Nos íbamos a preparar un bocadillo de galletas con atún —contestó Violeta—. Mateo ha tenido la amabilidad de ofrecérmelo.

Bueno..., las cosas no habían sido así exactamente. Pero Mateo no le llevó la contraria.

—Seguro que prefieres una cerveza bien fría —dijo Víctor mientras fulminaba a Mateo con la mirada—. Mi hijo tiene unas ocurrencias... ¡Galletas con atún!

—¡Cosas de niños! —replicó Violeta sonriendo.

Increíble. ¡Si era ella la que había tenido la idea del bocadillo! Qué cara más dura.

—Una cerveza, entonces —dijo Víctor abriendo la nevera—. Y mientras tanto, Mateo..., vete a buscar el móvil. Rápido.

Mateo se escabulló en su habitación mientras su padre y la dueña de la casa charlaban en tono animado. Aquello era muy injusto, pero sabía que no le iba a servir de nada discutir.

De mala gana, abrió el cajón donde había escondido el móvil. Había sido una idea estúpida guardarlo ahí. Antes o después iba a empezar a sonar otra vez y, si su padre lo encontraba en su cuarto, iba a castigarlo para el resto de sus días.

Tardó un momento en darse cuenta de lo que pasaba. Se quedó mirando el cajón abierto, aturdido.

Era allí donde había guardado el móvil unos minutos antes. Lo recordaba perfectamente.

Y sin embargo, el teléfono ya no estaba en el cajón: había desaparecido.

